

ficio, halla en sí mismo su recompensa. ¿No has probado siempre una satisfacción intensa al practicar una buena acción? Pues esto te da á conocer que está en nuestra mano el ser dichosos, y que, si no lo conseguimos, la culpa es nuestra.

Créeme, hija mía: ni los goces de la vanidad, ni los de la riqueza, ni las grandezas humanas, constituyen la felicidad; los elementos de la dicha son una buena conciencia, la honradez en los proyectos y la rectitud en las acciones.

¿Por qué estás celosa de esa extranjera, de esa joven que ha aparecido en Baden y que conoce á tu marido? Los celos rebajan la dignidad de la mujer, y mucho más cuando son injustos; deja á tu marido una libertad razonable, y ten fe en el respeto y cariño que te debe: cuida de hacerle dichoso, y, si lo es, no temas que deje la calma por las tempestades; la ventaja de los hombres que el mundo ha gastado, consiste en que desean ante todo la paz; dale tú esa paz que necesita, pero no la paz monótona y desabrida de una mujer sin inteligencia y sin deseos; no, hija mía; así como condeno la tempestad que empieza á desencadenar tus pasiones, tampoco puedes convertirte de repente en maniquí; sé igual, razonable, digna, suave, noble en todo; si Germán se irrita, opón, no miedo, sino calma y moderación; si te ofende, recuerda lo que te escribía yo antes de casarte: «La venganza más delicada es el perdón.»

Un hombre que tiene mucha cabeza y cuyo

corazón está gastado, ofende repetidas veces á una mujer vehemente como tú: esa será tu cruz; llévala con valor, que Dios estará por tí y contigo.

Sé su amiga, y no esperes de él ni demasiada generosidad, ni grandes sacrificios; el heroísmo, la abnegación, no son propios de las naturalezas varoniles, y sólo los poseen los hombres muy superiores. El saber y poder practicar las virtudes sublimes, es una de las glorias de la mujer, y es también una de las superioridades que ésta tiene sobre el hombre.

Véte al instante á Madrid, y, así que llegues, comunicame el estado de tu espíritu; en una sola carta no puedo corregirte y curarte; ante todo, reza, hija mía, reza; tu espíritu agitado necesita el bálsamo de la oración. Dios ha dicho: *Llamad y os abriré*. Llámale, y Dios irá en tu ayuda, como lo espera tu madre

ANA.

IV

Cintia á Modesta.

Castillo de Valflores, Julio de 186...

Yo no sé por qué, mi querida Modesta, mi corazón se lanza hácia el tuyo y busca en él reposo y expansión: la Marquesa, mi madre, no puede ser más buena para mí; mi esposo me considera

y me estima, y, sin embargo, á ninguno de los dos puedo pedir consejo acerca del plan de conducta que debo trazarme, porque los dos me inspiran demasiado respeto y temo rebajarme á sus ojos.

Ya sabes, Modesta mía, la tierna simpatía que desde nuestra primera entrevista me ha arrastrado hacia tí; te pareces á mi madre, á quien conocí bella y joven todavía; tu aspecto dulce y grave, á la par que sencillo, me atrajo hacia tí, y bien pronto te amé y te pedí tu amistad.

Es para mí un inefable consuelo el que habites en las cercanías de este gran castillo, en el que todo me parecía triste y vacío hasta que ví á Pablo.

¡Ay Modesta! yo venía de Italia, donde hasta en el ambiente se respira amor y poesía. Mi adorada madre era todo ternura para mí, y hasta que lanzó el último suspiro, cada una de sus miradas envolvía una caricia y era, para mi alma, como el lazo de la suya. Cuando la perdí y me hallé sola material y moralmente en toda la tierra, me anonadé. Yo quería en las primeras horas de mi dolor dejarme morir; después reflexioné que era cristiana, y que la vida es de Dios que nos la da; pedí valor á ese mismo Dios, padre del que no le tiene, y me lo dió para venir sola á pedir á la Marquesa el amparo que me había encargado mi madre que le demandase.

Aquí ví á Pablo, y le amé: es el primer hom-

bre de su edad que he conocido; el primero á quien he amado, y el último á quien amaré; pero Pablo, que antes era grave, se ha convertido en triste: ¡cualquiera diría que está velada su alma por una sombra negra! Conmigo está atento, galante, y más amable de lo que puede estar hombre alguno; ¡pero yo no sé lo que hay detrás de esa cortesía que me hiela! Mi corazón, que me es muy fiel, aunque mi ignorancia del mundo sea grande, me dice que Pablo no me ama, y que alguna cosa formidable se levanta entre él y yo.

Dime tú, Modesta, que te ves tan verdaderamente amada de tu marido, lo que debo yo hacer para conquistar el afecto del mío; no te habla ahora la Marquesa de Uclés; no es la gran señora, la rica heredera, la que te pide consuelo y afecto; es simplemente Cintia, la desgraciada huérfana, la niña ignorante, que está asustada y aturdida delante de su marido, siempre sombrío y concentrado; dime, amiga mía, cómo traeré yo á mi hogar la franca y alegre cordialidad que reina en el tuyo; dime de qué modo animaré estas suntuosas habitaciones, donde rivalizan el terciopelo y el oro, como lo están tu modesta sala, vestida de persa florida, y tu gabinete, tapizado de guinga rosa; mi gran cámara nupcial, que no desdeñaría una reina, está helada y triste; no hallo ningún reposo en mi esculpido lecho; ni el ángel del fervor cristiano cubre con sus alas al rico reclinatorio de marfil, coronado por un enorme Crucifijo de plata,

donde cada noche elevo dolorida al cielo plegarias que riegan lágrimas de desconsuelo.

Las comidas son silenciosas y tristes; la Marquesa, nuestra buena madre, está muy abatida, y cada vez que recibe carta de su nieta, caen algunas lágrimas de sus ojos, de esos ojos que la ancianidad no ha podido empañar, pero que el dolor cubre de sombras mortales; ante la probable desventura de Eufemia, ¿qué soy yo para la Marquesa? No debo quejarme ni extrañarlo, aunque se fije poco en mí.

Eufemia apenas me escribe, y sólo nos ha avisado su llegada á Madrid de un modo muy lacónico; Pablo es el que recibe cartas de su marido, de tres y cuatro pliegos, que contesta al instante.

Yo no he conocido casada á mi buena madre, y aunque sé que hizo dichoso á su marido, mi padre no existía ya cuando empezó á despuntar mi razón; mi madre vivía en el retiro, como conviene á una mujer viuda que ya no es joven, madre de cuatro hijos, y sola para el cuidado de su fortuna; este mismo aislamiento casi completo, al que se había condenado, me impidió también conocer á sus amigas casadas, pues trataba á muy pocas señoras, siendo con la Marquesa de Valflores, que se hallaba siempre ausente, con la que tenía mayor intimidad.

Así, pues, yo no he conocido de cerca el matrimonio, y estoy en la más completa ignorancia de lo que hacen otras mujeres; por eso me dirijo

á tí, Modesta, como á una tierna y cariñosa amiga, á quien amo con todo mi corazón, y de quien deseo ser amada del mismo modo; tú has vivido, hasta hace poco tiempo, con tu hermana Teresa, que es una de las más bellas y simpáticas mujeres que he conocido; ella ama á su esposo después de muchos años de matrimonio, porque no probaba una impresión dulce ó triste sin que el nombre de Esteban saliese de sus labios; ¿cómo ha hecho tu hermana, mi querida Modesta, para conservar, después de tan dilatado tiempo, sereno y límpido el lago azul del matrimonio? Tú debes imitarla, y ella, con sus consejos, te dirigirá por el mismo camino que sigue, y que estoy cierta hallará sembrado de flores hasta el borde del sepulcro.

Pablo no es feliz, lo sé, lo siento en mi corazón; y si yo, en vez de venir á hacerle la vida dichosa, se la he amargado más que la tenía, le he hecho un triste presente con mi mano y con mi amor.

Mi corazón y mi orgullo, heridos á la vez, se han dirigido á mi madre, muerta ya y moradora feliz de esos otros mundos desconocidos. Pero ¡ay! este desahogo de mi corazón no alcanza á tranquilizarme, porque sus labios no pueden responderme. ¡En vano interrogo á esa dulce y hermosa imagen, que vive y vivirá eternamente en mi memoria! ¡Nada puede responderme, á no ser enviándome una buena inspiración!

Acaso lo es, y se la deba á mi adorada madre, la idea de escribirte y de pedirte consejo.

Cuando paso en mi soberbio carruaje blasonado por delante de tu humilde casita, mis ojos se llenan de lágrimas, y cambiaría gozosa mi suerte por la tuya, pensando que aun me harías un supremo favor en aceptar; esa vivienda reducida, pero que encierra todo lo necesario á la modesta decencia de la vida; ese fresco asilo que se destaca blanco al pie de la colina, con sus persianas verdes y su puerta entoldada de parras y madre-selvas, tiene para mí un atractivo irresistible: ayer pasé con Pablo, que dormitaba en el fondo del carruaje, y te ví bordando al lado de la ventana; llevabas un traje muy sencillo de percal listado de blanco y rosa, y una rosa blanca entre tus hermosos cabellos: ¡qué linda me pareciste! ¡y cómo hubiera cambiado mi corona de Marquesa por aquella sencilla flor, que acaso había cortado para ti la cariñosa mano de tu marido!

Voy á enviarte esta carta con un criado: vén á verme mañana, para contestarla de palabra, y entretanto recibe un tierno abrazo de tu amiga

CINTIA.

V

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Agosto de 186...

Veo por tu última que el hastío va ganando terreno en tí, y que acabarás como mi padre, á no ser que esa hermosa y rubia Magdalena no acceda á dejar á Baden para ir á consolarte á Madrid.

Hé aquí la vida; ó á lo menos, hé aquí la vida para nosotros, hombres ricos y ociosos, plaga de nuestro siglo: ¿merece acaso la pena de conservarla? Por cierto que no, y que, á no ser porque el quitársela me parece la acción de un cobarde, ya hubiera puesto la mía á la boca de una pistola.

¿Qué enemigo de mi sosiego me podía haber aconsejado casarme con esta mujer, compendio fatal de ignorancia, de estupidez, de frialdad y de empalagosa sumisión? Pero yo no sé para qué te lo pregunto, cuando estoy convencido de que ese enemigo soy yo mismo, y que sólo mi imaginación podía llegar á precipitarme así en el abismo de la desesperación.

Imagínate una niña delgada como una paja, y que se va ya ponieado amarilla; que se asusta, llora cuando llamo á la puerta si estoy fuera, y que sólo anhela que diga una palabra para darme la razón, con la precisión ridícula de un maniquí que

obedece al juego de un resorte. ¿Me río yo? Se ríe ella, como si fuera mi espejo. ¿Se unen mis cejas más de lo acostumbrado? Ya está temblando como una azogada. ¿Salgo á pasearme por el bosque en las altas horas de la noche? Me espera en el balcón hasta que me ve volver, y entonces se mete corriendo en la cama y se hace la dormida para que yo no la riña.

¡Qué agradable vida para tu amigo al lado de este sér desgraciado, que ha nacido para víctima, y que, por consiguiente, me convierte á mí en tirano! El mundo se divide en *tipos* y *entes*: no conozco otro ente tan ente como mi mujer.

No podría ni sabría negar que es bondadosa; tampoco niego que sea dulce el regaliz ó las algarrobas que comen mis caballos: piensa y deduce de esto lo que su eterna dulzura será para mi paladar moral.

El que ha dicho que para mujer propia es mejor la más tonta, no merece que se le llame hombre: yo no quiero á la mujer superior á mí, porque concibo que, con ser mi igual, no puede ser más grande: mi soberbia la alcanza á ella: y en vez de ver en Cintia esa perpetua adoración incolora y fría, quisiera hallarla para mí con la tranquila calma de la igualdad, animada por la llama vivificadora del sentimiento.

Mi mujer toca el piano... hasta el punto de ejecutar en él dos rigodones, dos polkas y una habanera: dibuja... hasta el extremo de haber eje-

cutado cuatro ó cinco cabezas que tienen debajo esta dedicatoria, con letra redondita:

A mi querida mamá en sus días.

Habla francés... de tal modo, que no sabe decir dos palabras seguidas sin soltar tres desatinos.

Estas son sus habilidades, y además tiene la de bordar. ¡Oh! el bordado es su vanidad, y hay que confesarlo, todo su talento se refleja en esa obra mecánica.

Si aun me tienes por poeta, por artista, por hombre á la vez de pensamiento y de acción, dime lo que piensas acerca de mi suerte, unido á este autómeta.

Mi propia generosidad me engañó: se enamoró de mí; me lo dió á entender, y yo, que buscaba todo lo que es puro y noble, me dejé seducir por mis locas esperanzas de algo desconocido que persigo y que no puedo encontrar: verdaderamente que la pureza y la inocencia de Cintia son inmaculadas; también hay patos muy blancos, tan blancos como los cisnes, á los que se parecen un poco.

Si mi mujer tuviese algún talento que me hiciera sentir, aun sería dichoso: si hiciera buenos versos, si pintase buenos cuadros, si cantase con gusto y sentimiento, mi vida no estaría vacía; pero todo en ella es común, incoloro, frío, lento y monótono; preferiría tener en ella una niña vehemente, apasionada, loca, irreflexiva, que llorase y can-

tase en el mismo día; pero aquí no hay nada que refrenar, nada que corregir, nada que modelar, nada de que reír, nada que admirar, nada que culpar: á mi mujer le gustarán sin duda los volatines y los fuegos artificiales más que un drama de Feuillet y más que una sonata de Bellini: es seguro que prefiere la zarzuela á la ópera, un sainete á una buena comedia, y una novela de Paul de Kock á una de Jorge Sand: es el yeso, y yo deseaba la lava, ó, á lo menos, el marfil.

En fin, Germán querido, he ido á dar con la mujer *molusco*, cuando es el género para mí más despreciable de la creación: prefiero á la cortesana, á la criminal, y si existiese, á la misma terrible envenenadora, la Marquesa de Brinvilliers. ¿Cómo defender á una mujer que á nada se expone? ¿Cómo consolar á quien no siente? ¿Cómo buscar lo que se nos da con un exceso que empalaga? Semejante compañía es lo que produce inevitablemente esa funesta enfermedad que tú y yo hemos designado con el nombre de *enfriamiento del alma*.

Tales mujeres son *cosas* y no criaturas que sienten: toda ambición, toda aspiración de gloria morirá en mí con el contacto de esta criatura de hielo: todo lo grande espira ahogado bajo su fría mirada, que nada expresa.

Clotilde está aquí: la he visto pasear á caballo, seguida de un lacayo; no obstante, la linda novia de la fábrica de azúcar me cautiva más que ella: esta Modesta posee la gracia suprema de Clotilde,

y además el encanto incomparable de la mujer honrada: en su lindo rostro se unen la apacible expresión de la conciencia tranquila y la del talento, que, como una luz interior, ilumina todas sus facciones. ¡Qué mirada tienen los azules ojos de Modesta! ¡Qué armonía hay en los contornos de su frente, de su boca, de sus mejillas, que, sin embargo, distan tanto de la perfección!

Cuando por las noches me lleva mi paseo—acaso sin saberlo yo—debajo de sus ventanas, mi corazón se agita dentro de mi pecho al oír las dulces carcajadas que, sin duda escuchando á su marido, caen de su boca, como caen los granos de un roto collar de perlas en un plato de cristal!

Rubio es el cabello de mi mujer, y también es rubio el de Modesta; pero ambos se parecen como el *doublé* se parece al oro: azules son los ojos de Cintia, y del mismo color los de Modesta; pero del mismo modo que es azul la porcelana y la flor aterciopelada de la hierba-doncella. ¡Qué juventud, qué frescura, qué natural encanto rebosan en esta pobre y sencilla muchacha! El alma palpita bajo la rosada epidermis de su rostro de ángel, en las líneas puras de su frente, en el dulce contorno de sus labios, en su voz, en su risa y hasta en la punta de sus diminutos dedos. Todo es alma en ella, y de su sér emana esa celeste atracción que se comunica como una cadena eléctrica, para atar con insensibles lazos á la vez mi corazón y mi pensamiento.

Clotilde puede irse ó quedarse: ya no es irresistible para mí; desde que Modesta pertenece á otro, me enamora más que antes: es la gracia de la virtud bajo la forma más interesante de la mujer.

PABLO.

VI

La Canonesa á la Marquesa.

Capítulo de Damas Nobles de Francfort, Agosto de 186...

Con todas tus famosas palabras, con todo tu *admirable criterio*, como se le ha llamado desde que te conozco, no podrás convencerme de que la índole de tu nieta sea susceptible de un cambio saludable.

No te puedo culpar de ese casamiento, porque yo misma lo deseaba; bajo el punto de vista del nacimiento, de la fortuna y de la educación, pensé que Eufemia era la esposa que más convenía á mi hijo: temía, sí, á su carácter; pero creí que podrían cambiarle la fuerza del amor y las nobles aspiraciones que suponía en mi hijo.

Ahora me parece que el matrimonio efectuado es una desgracia irreparable; pienso que ni la cuna ni la riqueza pueden suplir las faltas de una naturaleza soberbia é independiente, y la educación de tu nieta, hoy que me es más conocida, no pue-

de engañar tampoco ninguno de mis tristes presentimientos; es vana, superficial, intolerante, y se ha lanzado al mundo desde que se ha casado.

Debo advertirte que, no hallando mi hijo en ella nada de lo que esperaba, no extrañaré que se busque distracciones de corazón, que todo hombre necesita, y que toda mujer necesita también: el alma hay que llenarla con algo; en la juventud, la ocupa el amor; en la edad madura, la ambición; en la ancianidad, la religión; el alma que puede estar desocupada vale muy poco.

Perdona la amargura de mis palabras á mi dolor de madre; mi hijo me escribe una carta terrible para mi corazón; mi hijo está próximo al suicidio; muerto está moralmente, cuando yo le creía aún lleno de ilusiones, y ya la vida del cuerpo le importa tan poco, que no tardará en quitársela también, cansado de llevarla como una carga pesada.

Escribe y aconseja á Eufemia, y quizás esa magia penetrante que siempre ha brotado de tu pluma, emanada de tu corazón, despierte en ella los sentimientos del deber, y ahogue esa soberbia y ese loco anhelo de brillar, tan opuestos á lo que debe desear una mujer casada. Yo fui más rígida que tú para mis hijos, y los resultados de su educación han sido más satisfactorios; emplea la energía, la severidad una vez á lo menos, aunque te sea violento, si no por tu nieta, por mi hijo.

¡Ay de mí! Aquí, en este asilo donde he veni-

do á buscar la paz y la quietud, me ha sorprendido el más terrible de los dolores: mi pobre hijo nos ha engañado á todos; él mismo se confiesa un *libertino*, y yo le tenía por el modelo de todas las virtudes; sólo tu nieto, sólo Pablo, su íntimo amigo é inseparable compañero, sabía acaso lo que ignorábamos todos. ¿Por qué callarlo? ¿Por qué no hablar con franqueza, y tal vez hubiera evitado la desdicha de su hermana?

Pero no: él no te ocultó á tí el cáncer mortal que devoraba ya la vida de mi hijo, porque él nada te oculta; y tú, ¿por qué me lo callaste? ¿Por qué engañarme todos? Acaso para conquistar una corona de Condesa que ciñese la frente de tu nieta... acaso para asegurar la suerte de Eufemia.

Perdóname, te lo suplico otra vez; el dolor hace cometer muchas injusticias, ¡y yo sufro mucho!

Mi hijo no debía haberse casado, y jamás le hubiera yo dado mi aprobación para enlace alguno, á conocer el estado de su alma. ¿Qué mujer puede parecerle bien, ni cómo han de satisfacerle las negativas cualidades de Eufemia? No, no posee tu nieta la mano delicada y el exquisito tratamiento que necesitan esas heridas, y desgraciadamente ha visto muy de cerca otra mujer que posee todas las condiciones que á la suya le faltan.

¿Y sabes quién es esa mujer? Una cortesana; una loreta de París; una de esas mujeres que me hicieron sufrir mucho en mi juventud, y á las que

conozco á fondo; una criatura que reunirá sin duda á la astucia el amor propio, y que hará un empeño en apoderarse del ánimo de mi hijo y en arrebatárselo por completo á su esposa.

Si Germán hubiera conocido que Eufemia valía y que le amaba, no se hubiera fijado siquiera en esa mujer al volver á verla en Baden; pero así, desengañado ya de las últimas esperanzas que podía abrigar ¿qué hará? entregarse en los brazos del diablo, prosiguiendo con esa aventurera las relaciones que en otro tiempo tuvo; pasarse la vida en su casa, á su lado, oyéndola cantar como un ruiseñor, tocar el piano, leer con énfasis declamatorio algunos versos, y viéndola siempre coquetamente vestida y peinada.

Tú, mi pobre Ana, mujer vulgar y casera, no sabes lo que son esas malas mujeres; ellas unen á la depravación más profunda las apariencias más amables y más seductoras y las formas más exquisitas; por eso son irresistibles para los hombres que, como mi hijo, están cansados de todo.

Hoy mismo, ó mañana á más tardar, escribiré á mi hijo, diciéndole que se halla entre las garras de Lucifer, y que si ya está en Madrid, como presumo, no escriba siquiera á esa cortesana, ni piense en ella, bajo la pena de mi maldición.

Esto es todo lo que puedo hacer por él y por Eufemia; haz tú por tu parte lo que puedas, y, si es preciso, sal de ese castillo encantado donde parece te has empeñado en vivir, y véte al lado

de tu nieta, para reprimir su conducta, que es la de una loca.

Te advierto que lo primero que debes hacer es arrojar á la calle á su tía, que es la que tiene la culpa de todos los desaciertos de Eufemia; ella ha dirigido sus compras, le ha dado consejos acerca del modo de poner la casa, lo ha arreglado todo como contando con bolsillo ajeno, y le ha dicho que la vida de la mujer casada está reducida á los locos goces de la vanidad, y á dar guerra á su marido hasta que se aburra.

No poca culpa tienes tú de lo que sucede, por haber hecho que Eufemia admitiera á su lado á semejante mujer.

Tu nieta no la quería, ya lo sabes, y tú te empeñaste en que, porque era hermana de su madre, la había de recibir y había de vivir con ella.

La Baronesa ha cambiado á su sobrina; ¡pero de qué modo! ¡Ojalá hubiera permanecido como estaba!

Adiós: voy á rezar para que Dios cambie la suerte de mi desgraciado hijo: si la Marquesita hace tan feliz á tu nieto como tu nieta á mi hijo, debes ser aun más desgraciada que yo, pues ambas bodas son obra tuya.

GERTRUDIS.

VII

Modesta á Cintia.

Valfiores, Agosto de 186...

Demasiada presunción es, señora Marquesa, aceptar de la bondad de V. el honroso encargo de aconsejarla: yo no soy más que su humilde servidora: en el cielo hay jerarquías, y pienso que Dios ha dispuesto que en la tierra las haya también; así, pues, la ilustre y opulenta Marquesa de Uclés está colocada en la escala social muchas gradas más alta que la sencilla Modesta Pineda, hija de un criado de la familia de su esposo de V., y hoy esposa feliz de un honrado industrial.

No obstante, hay un lazo encantador que puede unirnos: el mutuo afecto, la recíproca estimación; el corazón no conoce jerarquías, y la bondad, donde quiera que se halle, le cautiva; yo creo (y lo creo firmemente) que es V. tan buena, tan sensible, tan generosa, que no temo rebajarme á sus ojos aceptando, acaso, como ya he dicho, con demasiada presunción, el honroso título de su mejor y más adicta amiga.

Yo no puedo ir á ver á V., como se sirve encargarme: el cuidado de mi casa me retiene en ella, y además, no debo permitirme visitar á usted, aun cuando me haga la merced de manifes-